

atrás y sus dos tambores amarillos, redondos como mejillas, el buque de Southampton llegaba á todo vapor, lleno de pasajeros y cubierto de sombrillas abiertas. Sus ruedas rápidas, sonoras, batiendo el agua que formaba remolinos de espuma, le daban el aspecto de un correo; el tajamar recto cortaba el agua levantando dos hojas limpias y transparentes que escurrian por sus dos costados.

Cuando estuvo cerca de la *Perla*, Roland levantó su sombrero, las dos mujeres agitaron sus pañuelos y media docena de sombrillas se balancearon vivamente sobre la cubierta del vapor, que se alejó dejando en la superficie del mar algunas leves ondulaciones.

Otros buques, también con sus penachos de humo, acudían de diversos puntos del horizonte hacia el puerto que los tragaba uno después de otro como la boca de un gigante. Y las barcas de pescadores y los grandes

buques de vela con sus ligeras arboladuras se deslizaban rápidamente arrastrados por imperceptibles remolcadores; llegaban todos de prisa ó despacio hasta el ogro devorador que de cuando en cuando parecía ahito y arrojaba hacia la mar otra flota de vapores, bricks, goletas y fragatas. Los vapores huían rápidamente á derecha é izquierda, y los barcos de vela, abandonados por los remolcadores, permanecían inmóviles, vistiéndose desde la cofa hasta el contrafoque de lona blanca ó parduzca, que parecía roja iluminada por el sol poniente.

La señora de Roland murmuró con los ojos medio cerrados:

—Dios mío, ¡qué hermoso es el mar!

La señora de Rosemilly contestó con un suspiro prolongado, que sin embargo no tenía nada de triste:

—Sí, pero hace mucho daño algunas veces.

Roland exclamó:

—Ya llega la *Normandía*. ¡Cuidado si es grande!

Luego explicó la costa lejana del otro lado de la desembocadura del Sena. Señaló Villerville, Trouville, Houlgate, Luc, Arromanches, la ría de Caen y las rocas de Calvados que hacen peligrosa la navegación hasta Cherburgo. Después habló de los bancos de arena del Sena que cambian de sitio con las mareas y ponen en aprieto á los mismos pilotos de Quillebœuf si no recorren todos los días el canal. Hizo notar que el Havre separa la alta de la baja Normandía. En la baja Normandía, la costa llana baja hasta el mar en tierras de pastos, praderas y cultivos. La costa de la alta Normandía, por el contrario, es alta, escarpada, soberbia, formando hasta Dunkerque una inmensa muralla de rocas cuyas escotaduras ocultan todas una aldea ó un puerto: Etretat, Fe-

camp, Saint-Valery, Treport, Dieppe, etcétera.

Las dos mujeres no le escuchaban aletargadas por el bienestar, conmovidas por la vista del Océano cubierto de barcos que corrían como fieras al rededor del cubil; y callaban un tanto abrumadas por aquel vasto horizonte de aire y de agua, y encantadas por aquella puesta de sol serena y magnífica. Sólo Roland hablaba sin cesar: á él no le aturdió nada. Las mujeres, más nerviosas, sienten á veces, sin comprender por qué, que el sonido de una voz inútil es irritante como una grosería.

Pedro y Juan, recobrada la calma, remaban con lentitud y la *Perla* se dirigía hacia el puerto, imperceptible al lado de los buques de alto bordo.

Cuando tocó al muelle, el marinero Papagrís que la esperaba dió la mano á las señoras para que saltaran en tierra. Una concurrencia numerosa y

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIV. T. R.

"ALFONSO REYES"

1925 MONTERREY, MEXICO

tranquila, la que va todos los días al muelle á la hora de pleamar, entraba también en la población.

Las señoras de Roland y de Rosemilly iban delante seguidas de los tres hombres. Al subir la calle de París solían detenerse delante de un almacén de modas ó de una platería para examinar un sombrero ó una alhaja; luego seguían hablando.

Delante de la plaza de la Bolsa Roland contempló, como lo hacía siempre, el fondeadero del Comercio, lleno de barcos alineados en cuatro ó cinco filas. Los innumerables mástiles con sus vergas y cuerdas, que formaban en una extensión de varios kilómetros de muelle, daban á aquella abertura en medio de la ciudad el aspecto de un bosque muerto. Por encima de este bosque sin hojas revoloteaban las gaviotas, espiando los despojos tirados al agua para lanzarse como una piedra que cae desde la altura, y un grume-

te que ataba un cabo en la punta de un palo parecía que buscaba nidos.

—Sin cumplido, ¿quiere Ud. comer con nosotros para acabar juntos el día? —preguntó á la viuda la señora de Roland.

—Sí, con mucho gusto. Acepto, porque sería triste irme sola esta tarde.

Pedro, que había oído estas palabras, y á quien la indiferencia de la viuda comenzaba á mortificar, murmuró: “Vaya, ya se incrustó la viuda,”. Desde algunos días antes la llamaba “la viuda,”. Esta palabra, sin decir nada, lastimaba á Juan nada más que por la entonación, que le parecía un tanto ofensiva.

Los tres hombres siguieron callados hasta llegar á su casa. Ésta era estrecha y se componía de un cuarto bajo y dos pequeñas habitaciones altas en la calle Belle-Normande. La criada Josefina, que era una muchacha de diez y nueve años, sirvienta campesi-

na, barata, que tenía el aspecto asombrado y bestial de los aldeanos, abrió la puerta y subió detrás de sus amos hasta la sala, que se hallaba en el piso principal.

—Un señor ha venido tres veces— dijo.

Roland, que no la hablaba nunca sin jurar y gritar, contestó:

—¿Quién ha venido, mil rayos?

Ella no se alteraba jamás por los gritos de su amo, y replicó:

—Un señor de casa del notario.

—¿De qué notario?

—De casa del señor Canú.

—¿Y qué ha dicho ese señor?

—Que el señor Canú vendrá en persona esta tarde.

El señor Lecanú era notario y además amigo de Roland, cuyos asuntos dirigía. Para que anunciase su visita aquella noche era preciso que se tratara de algo urgente é importante. Los cuatro individuos de la familia se

miraron turbados por aquella noticia, como le sucede á todas las personas de posición modesta por efecto de la intervención de un notario, que despierta una porción de ideas de contratos, de herencias, de procesos, de cosas esperadas ó temidas. El padre murmuró después de algunos minutos de silencio:

—¿Qué querrá decir esto?

La señora Rosemilly se echó á reir:

—Vamos, es una herencia. Estoy segura. Soy ave de buen agüero.

Pero ellos no esperaban la muerte de nadie que les pudiera dejar algo.

La señora de Roland, dotada de una excelente memoria para los parentescos, empezó al punto á recordar todas las alianzas por su parte y la de su marido, remontándose á épocas lejanas y siguiendo todas las ramas de primos y tíos.

Sin quitarse siquiera el sombrero, preguntaba:

—Dime, ¿te acuerdas con quién se casó en segundas nupcias José Lebrú?

—Sí, con la hija de un papalista llamado Dumenil.

—¿Tuvieron hijos?

—Ya lo creo; lo menos cuatro ó cinco.

—Entonces por ahí no hay nada.

Ya se iba animando en sus investigaciones con la esperanza de un bienestar caído del cielo. Pero Pedro, que amaba mucho á su madre, que sabía que era un poco soñadora y temía una desilusión, algún pesar, alguna tristeza, si la noticia en lugar de buena era mala, la contuvo.

—No te preocupes, mamá. Ya no hay tíos en América. Mejor creería que se trata de una proposición de casamiento para Juan.

Todos se mostraron sorprendidos por esta idea, y á Juan no le hizo gracia que su hermano la expresara delante de la señora Rosemilly.

—¿Por qué para mí y no para ti? Mi pregunta es muy razonable. Tú eres el mayor, y por consiguiente en ti debían haber pensado primero. Además yo no quiero casarme.

Pedro exclamó:

—Qué, ¿estás enamorado?

El otro replicó con aspereza:

—¿Es preciso estar enamorado para decir que aun no quiero casarme?

—El *aun* lo corrige todo. Es decir que esperas.

—Figúrate que sí.

Pero Roland, que había escuchado pensativo, encontró por fin la solución más verosímil.

—¡Pardiez! Somos unos tontos en devanarnos los sesos. Lecanú es nuestro amigo, sabe que Pedro busca un gabinete de médico y Juan un estudio de abogado, y tendrá algo que proponernos.

Esto era tan sencillo y tan probable, que todos convinieron en ello.

—La sopa está en la mesa—dijo la criada.

Y cada cual se fué á su cuarto para lavarse las manos antes de comer.

Diez minutos más tarde comían al rededor de la mesa, en el comedor situado en el piso bajo.

Al principio guardaron silencio; pero luego Roland se volvió á preocupar de la visita del notario

—En suma, ¿por qué no ha escrito, por qué ha enviado tres veces al pasante, por qué viene él mismo?

Pedro lo encontraba todo muy natural.

—Sin duda necesitará que se le responda en el acto, y tal vez tenga que comunicarnos cláusulas confidenciales que no querrá confiar al papel.

Pero todos estaban preocupados y algo pesarosos de haber convidado á una extraña que no podía menos de privarles con su presencia de la li-

bertad precisa para discutir y resolver.

Acababan de subir á la sala cuando llegó el notario.

Roland le salió al encuentro.

—Bien venido, señor Lecanú.

La señora Rosemilly se levantó:

—Me retiro; estoy muy cansada.

Intentaron detenerla por fórmula, pero ella no cedió y salió sin que ninguno de los tres hombres la acompañase como hacían siempre.

La señora de Roland se acercó al recien llegado.

—¿Una taza de café?

—No, gracias, me levanto de la mesa.

—¿Entonces una taza de té?

—No digo que no, un poco más tarde. Ahora vamos á hablar de negocios.

A estas palabras siguió un silencio profundo, sólo interrumpido por el movimiento del péndulo, y en el piso

bajo por el ruido de las cacerolas que lavaba la criada, demasiado bestia hasta para escuchar detrás de las puertas.

El notario replicó:

—¿Han conocido Uds. en París á un señor Marechal, León Marechal?

Marido y mujer prorrumpieron en la misma exclamación: “¡Ya lo creo!,”

—¿Era amigo de Ud.?

—El mejor de todos—exclamó Roland,—un parisiense rabioso; no deja el boulevard por nada del mundo. Es jefe de sección en Hacienda. Yo no le he vuelto á ver desde que sali de la capital, y luego hemos dejado de escribirnos: ya sabe Ud. lo que pasa...

El notario añadió gravemente:

—El señor Marechal ha muerto.

Roland y su esposa hicieron á la vez ese movimiento de sorpresa triste, verdadera ó no, con que se acoge siempre una noticia semejante.

Lecanú continuó:

—Mi colega de París me ha comunicado la principal disposición de su testamento, según la cual instituye por heredero universal á su hijo de usted Juan Roland.

El asombro fué tan grande, que á nadie se le ocurrió una palabra que decir.

La señora Roland fué la primera que, dominando su emoción, balbuceó:

—¡Dios mío!.. ¡pobre León!.. ¡pobre amigo!.. ¡Dios mío!.. ¡Dios mío!.. ¡muerto!..

Aparecieron dos lágrimas en sus ojos, esas lágrimas silenciosas de las mujeres, gotas de pesar que salen del alma, corren por las mejillas y parecen tan tristes siendo tan claras.

Pero Roland pensaba menos en el dolor de esta pérdida que en la esperanza anunciada. Sin embargo, no se atrevía á preguntar en el acto por las

cláusulas del testamento y la cifra de la fortuna, y preguntó para llegar á la cuestión importante:

—¿Y de qué ha muerto el pobre Marechal?

Lecanú lo ignoraba.

—Sólo sé que ha fallecido sin herederos directos, y deja toda su fortuna, unos veinte mil francos de renta en obligaciones del 3 por 100, á su segundo hijo de Ud., á quien ha visto nacer y criarse y al que cree digno de este legado. Si este caballero no aceptase la herencia, pasaría á los niños abandonados.

Roland ya no podía dominar su alegría, y exclamó:

—¡Diantre! Qué buena idea ha tenido ese hombre. ¡Ah! ¡Si yo no hubiera tenido hijos tampoco hubiese olvidado á tan buen amigo!

El notario sonreía.

—He querido tener el gusto de ser yo quien diera á Ud. la noticia. Siem-

pre es una satisfacción ser portador de buenas nuevas.

Ni siquiera pensaba que esta buena nueva era la muerte de un amigo, del mejor amigo de Roland, el cual á su vez también había olvidado de repente esta intimidad que encarecía poco antes.

Sólo la señora Roland y sus hijos tenían las caras tristes. Ella seguía llorando un poco, y se limpiaba los ojos con el pañuelo que después llevaba á la boca para reprimir grandes suspiros.

El doctor murmuró:

—Era un hombre muy afectuoso. Nos convidaba á comer muchas veces á mi hermano y á mí.

Juan, con los ojos abiertos y brillantes, se acariciaba la barba con la mano derecha, y dos ó tres veces abrió los labios para decir alguna frase adecuada, pero después de pensarlo mucho no encontró más que ésta:



—Me quería mucho, en efecto, y me abrazaba siempre que iba á verle.

El pensamiento del padre corría al rededor de aquella herencia inesperada, de aquel dinero escondido detrás de la puerta, que no esperaba para entrar más que una palabra de aceptación.

—¿No hay dificultades probables, pleitos ni disputas?—preguntó.

El señor Lecanú parecía tranquilo.

—No, mi colega de París me presenta la situación como muy clara. No falta más que la aceptación del señor.

—¿Soberbio! ¿Y la fortuna no está comprometida?

—Nada.

—¿Se han llenado todas las formalidades?

—Todas.

De repente el antiguo joyero sintió

alguna vergüenza, una vergüenza vaga, instintiva y pasajera, por su prisa en informarse, y añadió:

—Ya comprenderá Ud. que si le hago inmediatamente estas preguntas es por evitar á mi hijo disgustos que podría no prever. Algunas veces hay deudas, una situación embarazosa, ¿qué sé yo? y se mete uno en un laberinto inextricable. Al fin no soy yo quien heredo, pero pienso ante todo en el pequeño.

En la familia llamaban siempre á Juan “el pequeño”, aunque fuese mucho más alto que Pedro.

La señora de Roland, de repente pareció despertar de un sueño recordando una cosa lejana, casi olvidada, que había oído en otro tiempo, de la que no estaba segura, y balbuceó:

—¿No decía Ud. que nuestro pobre amigo Marechal había dejado su fortuna á mi Juanito?

—Sí, señora.

Entonces la madre replicó sencillamente:

—Me alegro; eso prueba que nos quería.

Roland se había levantado.

—¿Quiere Ud., amigo, que mi hijo firme en seguida la aceptación?

—No, no... mañana, mañana en mi estudio... á las dos, si Uds. quieren.

—Sí, señor; sí, señor... Ya lo creo...

Entonces la señora de Roland, que también se había levantado y sonreía después de llorar, dió dos pasos hacia el notario, apoyó la mano en el respaldo del sillón y preguntó mirándole con la ternura de una madre agradecida.

—¿Y esa taza de té, señor Lecanú?

—Cuando Ud. guste, señora.

La criada empezó por sacar pastas secas metidas en hondas cajas de hoja de lata, esas insípidas galletas inglesas que parecen cocidas para que las coman los loros que tienen el pico

duro, colocadas en cajas de metal para dar la vuelta al mundo. En seguida fué á buscar servilletas grises dobladas en forma de pequeños triángulos, esas servilletas que no lavan nunca las familias poco acomodadas. Por fin presentó las tazas y el azucarero, y salió para hacer hervir el agua. Entonces esperaron.

Nadie acertaba á hablar; tenían todos mucho qué pensar y nada que decir. Sólo la señora de Roland buscaba frases banales, contando la partida de pesca y haciendo el elogio de la *Perla* y de la señora Rosemilly.

El notario respondía á todo que sí.

Roland, apoyado en el mármol de la chimenea, como se hace en invierno cuando arde el fuego, con las manos en los bolsillos y los labios unidos como para silbar, no podía estar quieto, torturado por el deseo imperioso de dar rienda suelta á su alegría.

Los dos hermanos, sentados en si-

llones iguales, con las piernas cruzadas del mismo modo, á derecha é izquierda del velador central, miraban fijamente hacia adelante, en actitudes semejantes, pero con expresiones diferentes.

Por fin llegó el té. El notario tomó, azucaró y bebió su taza, después de haber desmigajado una galleta demasiado dura para mascarla; luego se levantó, dió la mano á todos y salió.

—Estamos de acuerdo — repetía Roland, — mañana á las dos en su casa de Ud.

—Corriente, mañana á las dos.

Juan no dijo una palabra.

Después de algunos minutos de silencio, Roland fué á dar dos palmaditas en la espalda al menor de sus hijos, diciendo:

—Pero hombre, ¿no me das un abrazo?

—No me parecía indispensable—

contestó Juan sonriendo y abrazando á su padre.

Pero el pobre hombre no podía parar de gozo. Andaba, tocaba el piano en los muebles, giraba sobre los talones y repetía:

—¡Qué suerte! ¡qué suerte! Es una suerte.

Pedro preguntó:

—¿Trataban Uds. mucho á ese Marechal?

El padre contestó:

—¡Pardiez! pasaba en casa todas las veladas. Tú debes acordarte de él, que iba á recogerte al colegio los días de salida, y muchas veces te llavaba después de comer. Precisamente el día del nacimiento de Juan, él fué á buscar al médico. Había almorzado con nosotros, cuando tu madre se sintió mal. Al momento comprendimos de qué se trataba y marchó corriendo. En su precipitación tomó mi sombrero por el suyo. Recuerdo esto porque